

LAS CONTRADICCIONES DEL GOBIERNO DE FREI

El Ministro de Hacienda en la Comisión Mixta de Presupuesto ha pronunciado un discurso político; en consecuencia, nosotros contestaremos también con planteamientos del mismo carácter.

Quiero señalar, en primer lugar, los aspectos en que estamos de acuerdo con los enunciados del señor Ministro y, en segundo lugar, aquellos con los cuales no estamos conformes.

Concordamos con el reconocimiento que ha hecho de la desastrosa situación económica y financiera en que la Administración anterior entregó el Gobierno; con que se debe detener el proceso inflacionario; con el reconocimiento de que se ha pretendido detener la inflación a costa, fundamentalmente, de la clase trabajadora; con que es necesario conceder reajustes de ciento por ciento del alza del costo de la vida; con que es indispensable nivelar las asignaciones familiares; aumentar la producción nacional; duplicar las exportaciones; duplicar la producción de cobre; hacer una reforma agraria profunda y acelerada; suprimir la intervención de los bancos particulares en el Consejo del Banco Central; con que se construyan 360 mil casas; con que se eduque a 200 mil niños; con que se proporcione desayuno a 800 mil niños.

No estamos de acuerdo en que el cupo del capital se pretenda establecerlo con un mínimo tan bajo que afectará a vastos sectores desposeídos del país; con el alza del dólar que ya se anuncia; con resolver el problema de la agricultura mediante nuevas alzas en los precios agrícolas; con eximir a los intereses norteamericanos del esfuerzo que se pretende pedir; con que se mantenga y aumente el endeudamiento nacional.

Pero las aspiraciones planteadas por el señor Ministro, a nuestro juicio, constituyen exclusivamente una manifestación de buenos propósitos. Nadie se opone a las finalidades señaladas. Hasta la Derecha, con algunas reticencias, las aprueba. Lo importante es cómo conseguir las. El quid del problema es el cómo. La Democracia Cristiana, por boca del Presidente de la República y del señor Molina, contesta este cómo en la siguiente forma: "...en este momento se comienza a poner a prueba una cuestión fundamental que el 4 de septiembre último dividió al país en dos grandes grupos. La cuestión fue de si es o no factible el cambio gradual;

de si es o no factible la Revolución en Libertad. Triunfamos los que sostuvimos que sí es factible...". La Democracia Cristiana quiere conseguir los objetivos señalados por el señor Ministro de Hacienda por medio de una revolución en libertad, colocándola como alternativa en contra de la revolución que nos adjudica a nosotros: sin libertad.

Nosotros no aceptamos el dilema. No reconocemos en la Democracia Cristiana una fuerza real y auténticamente revolucionaria. Son fuerzas revolucionarias aquellas que aspiran a cambiar un sistema por otro; aquellas que luchan por introducir modificaciones radicales en las estructuras del poder y de la propiedad de una sociedad.

La Democracia Cristiana no es anticapitalista; no quiere sustituir una sociedad capitalista por otra. Cuando más, es una fuerza reformista que aspira a mejorar la eficiencia de la actual sociedad clasista. Es un gobierno de conciliación entre los intereses del proletariado y los de las castas plutocráticas que dominan. Es un gobierno de transición, de cambios graduales, como ha dicho textualmente el Ministro de Hacienda. No es una revolución en marcha. No combate por modificar la estructura del poder y de la propiedad. Cada día, el poder y la propiedad de los medios de producción se concentran en menos manos.

Es sabido que, en la propiedad agrícola, el 3% de dichos predios representa más del 62% del valor total de ellos; el 10% de los predios urbanos representa el 37% del valor total de éstos; el 1% de los accionistas de las sociedades anónimas posee el 46% del valor total de las acciones, y el 1% de los accionistas de bancos y compañías de seguros posee el 35% del valor total. ¡Es una brutal concentración del poder en el país, y ni una palabra sobre esto ha dicho el señor Ministro de Hacienda!

¿Por qué sostenemos nosotros que éste es un Gobierno de conciliación y transición, y no revolucionario? Basta leer la exposición del señor Ministro para comprobarlo.

Concilia con nosotros cuando dice, por ejemplo, que es necesario un control estricto sobre los precios. Textualmente, el señor Ministro de Hacienda manifiesta: "Por eso el Gobierno se verá obligado a mantener el sistema de control de precios y aplicar las más severas sanciones contra los transgresores de sus disposiciones". Pero a continuación concilia con los intereses contrarios de la clase trabajadora cuando, a renglón seguido, agrega: "Al mismo tiempo, deseo declarar que no estamos por principio a favor de los controles de precios y que, por tanto, iremos reduciéndolos a medida que desaparezcan las presiones inflacionarias". Luego, el señor Ministro se declara partidario de la ley de la oferta y de la demanda. Cree que la mejor forma de regular la economía es mediante los mecanismos de precios. En buenas cuentas, se de-

clara partidario, en esta forma, de la ley considerada por los liberales como natural, fundamental de la economía.

El señor Ministro concilia con nosotros cuando dice: "Estoy seguro también que todos estamos de acuerdo en que la emisión de dinero y el control del crédito tienen que estar en manos del Estado, por la misma razón de que nadie debe estar autorizado para organizar un ejército privado". Pero, con el permanente carácter indefinido de la Democracia Cristiana, extiende, a continuación, un certificado de buena conducta a los bancos particulares, con el objeto de que éstos no se molesten: "El Gobierno" —dice— "desea dejar claramente establecido que el proyecto de reforma del Banco Central no debe interpretarse de modo alguno como una demostración de hostilidad de su parte en contra de los bancos privados. El Gobierno cree que los bancos privados tienen una importante labor que desempeñar en nuestra economía, pero que esa labor no está en el Banco Central". Nosotros discrepamos de esto. A nuestro juicio, los bancos privados no tienen ninguna función que desempeñar. El crédito debía estar exclusivamente en manos del Estado.

La Democracia Cristiana, con la actitud de indefinición que la caracteriza, pretende suprimir la intervención del Estado en el control del crédito a través de los bancos particulares. Pero, como digo, para que éstos no se molesten, les da un certificado de buena conducta y eficiencia.

Concilia con nosotros cuando sostiene que debe hacerse una reforma agraria profunda, rápida y eficiente. No obstante, dos renglones más arriba agrega: "...más del 90% de los agricultores no quedarán sujetos a la reforma". Vale decir: ¡no se asusten la-tifundistas con la reforma; no es para tanto!

Concilia con nosotros cuando reconoce que la inflación ha gravado fundamentalmente a las clases trabajadoras del país y que es necesario detenerla; pero para que no se asusten mucho los sectores de empresarios, ofrece a éstos alzas en el tipo de cambio y en los precios, especialmente en los agrícolas.

Concilia con nosotros cuando reconoce que el país ha llegado a un extremo de endeudamiento inadmisibles, y agrega frases que, literariamente, incluso aprobamos. Dice el señor Ministro: "La soberanía es imperfecta en la medida en que el país esté excesivamente endeudado con el exterior o que sus recursos nacionales básicos sean explotados por empresas extranjeras sin plena consideración del interés nacional". Pero a continuación, en la página 13, agrega: "De 1965 a 1969" —vale decir, todo el periodo del señor Frei, excepto un año— "no es posible reducir la deuda externa. Por el contrario, hay que aumentarla". Es este carácter permanente, conciliatorio lo que, a nuestro juicio, frustrará la gestión del Gobierno.

No hay conciliación de clases. El señor Ministro, en su deseo de

suprimir las agudas tensiones que caracterizan a una sociedad capitalista, ofrece a los capitalistas, si ellos se contentan sólo con un 10% de las utilidades, el siguiente paraíso terrenal: "A cambio de lo que se les pide, los empresarios van a ganar el mercado de gran escala que se creará gracias a las medidas del Gobierno, van a obtener un mercado de precios más estables y predecibles, y vivirán en una sociedad sin conflictos agudos, solidaria y llena de oportunidades".

El carácter conflictivo de la sociedad capitalista, para la Democracia Cristiana, expresado en las palabras del señor Sergio Molina, se termina cuando el sector capitalista se contenta con no ganar tanto, sino sólo un 10%. Si ellos se acogen a esta insinuación, no hay conflicto, no hay tensión, no hay tal diferencia de clases, no hay explotados ni explotadores. En el trasfondo de la filosofía de la Democracia Cristiana está la idea de asociar los pobres a los ricos; entregar acciones, por ejemplo, a los obreros de la Compañía de Cervecerías Unidas —unas poquitas, a fin de que no tomen el control de la empresa. De ese modo, seguimos caminando todos en la misma carreta capitalista—; dar, a alguna representación de obreros, participación en la dirección de empresas. Vale decir, no estar en contra del régimen capitalista, sino, cuando más, asociar la clase trabajadora al sistema capitalista para que no reclame tanto.

Dice el señor Ministro: "La política propuesta por el Gobierno está orientada al beneficio de todos los chilenos, pero la única manera de lograr esto es dando una cuota mayor de beneficios a los más desamparados". Esta frase la suscribiríamos nosotros, salvo el cambio de dos palabras: "La política propuesta por el Gobierno del señor Allende está orientada al beneficio de la mayoría de los chilenos...". No de todos, porque, para nosotros, en el país hay una serie de especuladores, ladrones e imperialistas que no merecen ser favorecidos. Y continúa: "...pero la única manera de lograr esto es dando una cuota mayor de beneficios a los más desamparados". Nosotros, en vez de "mayor", ponemos la palabra todo. Es decir: "dando todos los beneficios a los más desamparados".

He recordado esa frase con el exclusivo objeto de mostrar el carácter conciliatorio, de transición. El gran drama del país es, a nuestro juicio, la eterna conciliación, pretender darle gusto a todos, no herir a nadie: estar con Dios y con el diablo!

La Democracia Cristiana no aspira a hacer un gobierno revolucionario, quiere la transición. Este permanente carácter de transición, de compromiso, que a lo largo de su historia ha exhibido la Democracia Cristiana, le permite, al criticarla el Senador Ibáñez y "El Diario Ilustrado", adquirir una fisonomía izquierdista, y al oponernos nosotros a muchos de sus puntos de vista, contar con el beneplácito y el financiamiento de Estados Unidos, que,

desde el punto de vista ortodoxo, no se le habría dado, pero bien entiende que es necesario robustecer al gobierno del señor Frei, porque es una prueba que se está haciendo en América Latina.

Yo pregunto ¿qué estructura de poder o de propiedad se pretende cambiar o modificar radicalmente con esta revolución en libertad? ¿Acaso los intereses monopolistas se tocan siquiera tangencialmente? ¿Se habla de los monopolios? A los bancos y compañías de seguros se les otorgan certificados de buena conducta. ¿Dónde está el carácter revolucionario? ¿Pretender aumentar la producción da carácter revolucionario a un gobierno? Todos los gobiernos lo han pretendido. Desde que tengo uso de razón, el primer mensaje tiende a aumentar la producción. Ese solo hecho no le da patente revolucionaria a un gobierno.

Pretender detener la inflación también lo han intentado los demás Gobiernos. Incluso el del señor Alessandri, durante dos años, en gran medida, contuvo el proceso inflacionario.

¿Fue acaso revolucionario el anterior Gobierno, porque mediante medidas artificiales y ficticias logró, transitoriamente, detener el ritmo inflacionario de nuestra economía? Evidentemente, no.

Pretender asociarse con los norteamericanos para aumentar la producción de cobre, ¿es ser revolucionario en América Latina? Nada aportaron aquéllos con ocasión de los terremotos; nada aportarán a este nuevo esfuerzo que los demócratacristianos pretenden exigirle al país.

Pedir a los empresarios absorber parte de los reajustes, ¿es una medida revolucionaria? Según el señor Alessandri lo hicieron durante los dos primeros años de su Administración. Vuelvo a preguntar: ¿es para la Democracia Cristiana un revolucionario don Jorge Alessandri?

Aumentar las exportaciones al doble, ¿es una aspiración de revolucionarios o es un justo y legítimo deseo de cualquier habitante de cualquier país del mundo?

A nuestro juicio, ninguna de las metas ni de los mecanismos que propone la Democracia Cristiana son revolucionarios. En el fondo, se pretende arar con los mismos bueyes que existen en esta sociedad de forma capitalista y feudal: con los bueyes del latifundio; con la burguesía industrial y con los imperialistas.

A los latifundistas se les advierte que sólo serán tocados en diez por ciento y se les expropiará en su valor comercial, con dividendos reajustables.

Sostenemos que los latifundistas han sido ladrones de la riqueza pública del país y del progreso nacional. Y los ladrones no pueden ser premiados; deben ser castigados. En consecuencia, debe expropiárseles según el avalúo fiscal, a treinta años plazo y sin dividendos reajustables. ¿Qué esto sería una exacción? A nuestro juicio, la exacción la han hecho ellos durante más de un siglo de historia del país.

Se pretende arar y asociarse con los bueyes del imperialismo que nos han robado inmensas riquezas. Los norteamericanos no han invertido, originalmente, más de 200 millones de dólares. Después han reinvertido sus utilidades y se han llevado 3 mil quinientos millones de dólares, como lo hemos demostrado. Han traído e invertido uno y se han llevado diez.

¿Qué propone la Democracia Cristiana?: asociarnos a los ladrones de nuestras riquezas. Los norteamericanos no son nuestros benefactores ni nos ayudan: son los salteadores del patrimonio nacional. En consecuencia, no nos podemos asociar con ellos.

El Gobierno anterior no se atrevió a darles una estabilidad por veinte años ni asociarse con ellos.

La revista norteamericana "Visión", comenta ese hecho en su último número, y dice que, como don Jorge Alessandri era conservador, no se atrevió a aliarse con ellos y que, en cambio, el señor Frei, según esa revista, es socialista, de manera que, para los norteamericanos es, evidentemente, un gran progreso el que un Presidente con esa filiación les otorgue nuevos privilegios y, además, se asocie con ellos.

A nuestro juicio, una fuerza realmente progresista no puede pretender hacer avanzar este país con la actual burguesía industrial. La nuestra no es una burguesía a la manera europea. Es una hecha por decretos, diferencias de cambio y exenciones tributarias.

En Chile, detrás de todo gran monopolio se esconde una ventaja administrativa. No es una burguesía surgida del trabajo y forjada en la dura escuela de la libre competencia. Es una burguesía originada en decretos y papeles. Examinemos un hecho concreto: la Compañía Sudamericana de Vapores, por ejemplo, es fruto de un monopolio establecido por ley y que, por lo demás, negocia con los monopolios internacionales. El origen de su enriquecimiento emana, en gran medida, de ese hecho: la ley le entregó un monopolio del cual ella usufructúa.

Gran parte del imperio textil tuvo su origen en las diferencias de cambio y no en el esfuerzo, la eficiencia ni la capacidad.

Es conocido que en este país, antes de formar un banco y de buscar capitales, generalmente se busca a un parlamentario que resuelva el problema.

Todo lo anterior demuestra que la chilena es una burguesía de gestiones administrativas, de diferencias de cambio, de exenciones tributarias.

A nuestro juicio, no se puede llevar a cabo realmente una revolución en un país con latifundistas, con la burguesía industrial y con los imperialistas. La revolución se hace con la clase trabajadora, con las clases no comprometidas.

Aquella es nuestra gran diferencia con la Democracia Cristiana. Ella quiere hacer una revolución con la clase propietaria. Noso-

tros aspiramos a hacerla con las clases desposeídas y para ellas.

En resumen, como dije, se trata de un Gobierno de conciliación, híbrido, que mientras emplea algunas frases favorables y exhibe una mentalidad de izquierda, se precipita a asegurar a las fuerzas reaccionarias de que su statu quo fundamental no será tocado. Por eso, ha acontecido lo que hemos presenciado hoy en la mañana en este hemisferio: los sectores de la reacción han hecho algunas objeciones y nosotros formulamos serias y profundas críticas al carácter y fisonomía que está adquiriendo este Gobierno.

Ello es perfectamente lógico. La Democracia Cristiana trata de colocarse en el fiel de la balanza; procura distribuir la justicia y de decir lo que es bueno o malo. Pero al hacer esto, trata de halagar a uno y otro sector.

Muchas veces he escuchado a los personeros de la Democracia Cristiana decir en sus discursos públicos a lo largo del país, que es necesario otorgar un poder adquisitivo justo a la clase trabajadora; pero luego agregan que ellos reconocen que hay que entregar precios estables y remunerativos al sector de empresarios.

¿Cómo se explica esto?

Si los salarios son bajos no puede pretenderse subir los precios, porque una cosa lleva implícita la otra.

En esa forma se halaga a ambos sectores. El obrero cree que serán aumentados en gran medida sus salarios y el empresario piensa que también les será incrementado su poder adquisitivo mediante la rentabilidad de la propiedad.

Aquella no es solución para Chile, porque cuando se llega a ser Gobierno hay que tomar parte en uno u otro lado: estar junto a la clase trabajadora o al sector empresario. No se puede pretender halagar a ambos. No es posible conciliar los intereses de Chile con los del imperialismo norteamericano ni tampoco decir a la clase trabajadora que serán reajustados sus salarios y, en seguida, anunciar que se desvalorizará el dólar, factor que más incide en el proceso inflacionario, y decir que se reajustarán los precios en 25 por ciento.

Insisto en que las metas que se propuso el señor Alessandri fueron superiores. El se fijó como meta el 8 por ciento, y el 9 por ciento en el segundo año del proceso inflacionario. El actual Gobierno ha señalado como meta el 25 por ciento. En consecuencia, esta revolución en libertad aspira menos en esta materia que lo que se propuso el Gobierno anterior.

Todos los Gobiernos hacen algo. Todos reconocen —y personalmente yo también— que en este momento existe inmensa voluntad por parte del país para colaborar con el Gobierno del señor Frei. La gran mayoría del país no desea que se le opongan obstáculos a su gestión. Muchos órganos de prensa y muchos ciudadanos del país comentarán el hecho de que esta mañana se haya sometido a esta especie de atraco al Gobierno, al ser criticado por

derechas e izquierdas. Pero la verdad es que si, momentáneamente, y desde el punto de vista publicitario, esto puede ser de utilidad para la Democracia Cristiana, ello no constituirá en definitiva la solución, pues ella tendrá que asumir una posición clara y categórica en favor del pueblo o de los intereses de los empresarios.

Nuestra disparidad con la Democracia Cristiana no radica en que ella quiera una revolución en libertad y nosotros una sin ésta. La verdadera diferencia es que nosotros deseamos una revolución en serio. Esa es toda la diferencia. Ellos aspiran y tienen un planteamiento revolucionario verbalista; proclaman la revolución, pero hasta el momento no lo han demostrado con los hechos.

Como chileno deseo que realmente inicien la revolución y no sólo se contenten con anunciar medidas presuntamente revolucionarias.

MONTHLY REVIEW

SELECCIONES EN CASTELLANO

SUSCRIPCIONES:

ANUAL (12 números) E° 10.—

SEMESTRAL (6 números) 5.—

NUMEROS SUELTOS 0,90

ES UNA PUBLICACION DE
PRENSA LATINOAMERICANA S. A.
CASILLA 10430 - SANTIAGO